EDITORIAL

LA EUCARISTÍA, FUENTE DE LIBERTAD Y DE ALEGRÍA

El número 18 del Mensaje de la XI Asamblea General del Sínodo de los obispos nos sitúa en la Institución de la Eucaristía partiendo de la escena del Lavatorio de los pies: «Jesús, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13, 1). San Juan revela el sentido de la Institución de la Santísima Eucaristía por medio de la narración del lavatorio de los pies (cf. Jn 13, 1-20). Jesús se abaja a lavar los pies de sus discípulos como signo de su Amor supremo. Este gesto profético anticipa su abajamiento del día siguiente en la muerte de la cruz, que redime el pecado del mundo y lava nuestras almas de toda mancha. La Sagrada Eucaristía es el don del Amor, un encuentro con Dios que nos ama y una fuente que mana vida eterna».

La larga cita nos pone ante una realidad diferente de libertad: la libertad mediante el amor que no tiene empacho en ponerse en actitud de esclavo, aun siendo el Señor. Quizás solo el que no es esclavo sabe ponerse en actitud de servicio y realizar los actos del servidor desde el señorío. Como hemos leído más arriba: “La Sagrada Eucaristía es el don del Amor, un encuentro con Dios que nos ama y una fuente que mana vida eterna”.

parte de ti, para transformarte en parte de Él. Ese cada día vivido en la plenitud de participación es el mejor reconstituyente para nuestra pobre y anémica fe. Estamos en tiempos duros y difíciles para la fe, no podemos ir haciendo de solitarios luchadores, yendo de pueblo en pueblo y de 'feria en feria'. Aunque seamos espectáculo para los ángeles y los hombres, nunca vamos en solitario, en el camino está el Señor (Él es el camino) y la fuerza que se nos da es Él mismo, el Dios que nos ama.

Por eso nos sitúa en la contemplación del mundo, en escucha de su sufrimiento. El siglo XXI ha comenzado con señales inequívocas de dolor: guerras, hambre, terrorismo, injusticias, abusos de poder, manipulaciones... No es posible que la simple solidaridad de reacción ante momentos concretos sea capaz de restablecer la dignidad de muchas personas; situarse por encima de la globalización mercantilizada y construir la globalización del amor que se basa en el hacer cada día aquello que rescata a los marginados y excluidos, que les devuelva el sentimiento de que Dios les ama y llevarlos al encuentro con él. ¡Cuánto queda por realizar! Porque este sentimiento de caridad, superior a la simple solidaridad, se convertirá y traducirá en el hacer lo que necesitan cuando muchos jóvenes de hoy, metidos en su propio 'me gusta' o 'no me gusta', salgan al encuentro de sí mismos en los hermanos más necesitados y abandonen el lastre de la sociedad del tener y el querer más, insatisfecha e insatisfactoria, que lleva a la pérdida del hombre, porque descubre a un Dios que no le ama, porque ese dios es reflejo de sí mismo, vacío y pobre, lleno de egoísmos y búsquedas del propio placer, que a nadie ama, si no es a sí mismo: ¡pobre amor!. Sólo quien se abre al Amor, percibe el amor que Dios le tiene.

Una fuente que mana vida eterna

La eucaristía es fuente de vida, más aún de la Vida. Somos constantes buscadores de vida para siempre, no nos resignamos a morir y de un lado a otro escudriñamos la salida. El hombre de hoy, reducido en sus creencias a un aquí y ahora presentista y sin horizonte, se instala en la filosofía del "carpe diem": sólo lo que tengo aquí es vida y he de aprovecharme hasta el máximo; por otra parte esclavo de sortilegios y brujerías, de tarot y otros caminos esotéricos que le lleven a calmar un poco, si es que la hay, ese ansia del más allá que, cuanto menos, le mueve a curiosidad.

Aunque no todos (los hay que están instalados cómodamente en un materialismo práctico sin espacio para el problema), muchos sienten necesidad de ser más, perciben y experimentan que el tener no les basta para encontrar una vida feliz, ni con todas las 'ventajas' de ese tener en cuanto a poder y placer. Poco lo decimos hoy desde la Iglesia, pero quizás sea hora de recordar al hombre que está hecho para algo más que pasar unos años en este mundo y desaparecer del todo después.

La fe en el Señor Eucaristía que lleva a la participación en la misma, con sus efectos de comunión, comunidad, com-partir, con-celebrar abre de nuevo el horizonte de la vida. Lo que llamamos vida eterna o vida en él, difícil de entender desde nuestra tendencia a mirar hacia abajo. La Eucaristía es fuente de la que mana vida eterna. No es una fuente cerrada, sino que, generosamente, sigue un día tras otro, un tiempo tras otro, una época tras otra vertiendo el agua de la vida. La de cosas que haríamos si alguien nos dijese que en tal lugar existe esa fuente que te garantiza la vida para siempre. La cantidad de literatura que nos ha invitado a aventuras imaginarias en busca del elixir de la eternidad. Y Dios nos lo ha entregado, lo ha hecho cercano, lo da gratis (porque es gracia: charis), se convierte en renovador de vidas, es el agua que salta hasta la vida eterna... Lo ha hecho tan fácil que ni hacemos caso de su presencia. El Beato Manuel Domingo y Sol, que tenía un sexto sentido para averiguar la presencia del Señor en la Eucaristía nos decía que "Vale más un tiempo de oración ante Jesús Sacramentado que muchos esfuerzos, preocupaciones y enfados" y lo decía en orden a solucionar los problemas de la vida cotidiana. Y esto no de forma 'milagrosa' con un voluntarismo religioso, lleno de emoción y vacío de fe, sino porque hacía más clara y serena la perspectiva que se sitúa no desde el hombre limitado y ofuscado por sus 'demonios' personales, sus instintos, filias y fobias, sino desde la de aquel que, entregándose, abre para los demás el camino de la entrega. Se hace vida y da la vida y con ella la perspectiva para vivir, como él desde la fuente de la vida eterna.

No es, por tanto, ocioso que recuperemos la fuerza de vida que, desde los primeros tiempos tuvo la celebración de la Eucaristía. Repasar con el corazón puesto esa experiencia que 'en lo tocante al Verbo de la vida' tienen los primeros discípulos y la comunidad primitiva en donde 'todos tenían un mismo corazón' y 'nadie pasaba necesidad porque los que tenían bienes los ponían a disposición de los hermanos'. Porque Euca-

ristía, ya lo hemos dicho, significa compartir. Es bueno recordar que en nuestra cultura española se llama 'tomar la comunión' a la participación plena de esta fiesta de comunidad, porque ella hace la comunión y hace que, gentes distintas, en cuanto raza o procedencia, incluso ideología y cultura, puedan llamarse hermanos, porque lo son. Causa emoción particular cuando marchas a países de lengua y cultura diferente y participas con otros en la Eucaristía, ver el sentido de hermanos que tienen y cómo se entabla inmediatamente una relación nueva, cómo brota la armonía. El agrado hasta el punto de encontrarte en tu casa, en la casa del Padre común.

Por eso la Eucaristía es fuente de libertad y de alegría. De libertad porque te ayuda a liberarte de complejos y miedos-prejuicios del entorno y ponerte a disposición de los otros, como Jesús el día de la Cena, lavando los pies a sus discípulos. ("Me llamáis maestro y Señor pues lo soy. Si yo, siendo el Maestro y Señor he hecho esto aprended de mí"). No tengáis miedo a arrastraros para lavar, para ayudar a que una persona limpie su vida, enderece su corazón, cambien de ruta en el camino, se convierta y viva. Vuestros hermanos son más importantes que vuestro orgullo dañando. De alegría, porque siempre produce más alegría el dar que el recibir, pero sobre todo porque la presencia del Señor, como pan partido para todos, genera en cada uno el deseo de entregarse a la misión, haciéndose también pan de comunión para los hermanos.

Que nos hagamos contemplativos y agentes de transmisión de esta realidad de vida que cada día nos invita al encuentro para crecer en ese deseo de eternidad con la esperanza puesta en que Aquel que nos da este pan, nos lo da para la vida eterna.